

La identidad latinoamericana*

ANTONIO JOSE RIVADENEIRA VARGAS**

Sea lo primero agradecer al profesor Mark Rosemberg, director del Latin American And Caribbean Center de la Florida International University, la cordial invitación que me formuló para disertar sobre el tema de *La identidad Latinoamericana* y los generosos términos con que me ha presentado ante ustedes, distinguidos asistentes.

Extiendo también mi reconocimiento al profesor Adolfo Leiva, coordinador del programa por la amable acogida que me ha dispensado.

Consigno igualmente mi gratitud al doctor Jorge Enrique Molina, rector de la Universidad Central de Bogotá y presidente del Instituto Colombiano de Estudios sobre América Latina y el Caribe, por su permanente estímulo y al doctor José Luis Gómez Valderrama, Miembro del Consejo Superior de la Universidad y grande amigo de esta casa, quien propició este fecundo intercambio cultural entre las Universidades de Miami y Bogotá que espero se intensifique en el futuro.

Los pensadores plantean lo relativo a la identidad latinoamericana como problema de múltiples implicaciones, en cuanto la cuestión étnica, la cultural y la política no guardan concordancia entre sí, ni la región muestra la unidad que caracteriza a la mayoría de los pueblos europeos.

* Texto de la Conferencia dictada dentro del Ciclo organizado por el Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe de la Florida International University de Miami el 13 de enero de 1988.

** Abogado, profesor de teoría de la cultura en América Latina y cátedra bolivariana en la Universidad Central, presidente de la Federación Mundial de Academias Bolivarianas, actual presidente de SOLAR.

Yo pienso que en vez de problema lo que emerge es un complejo psicológico, consecuencia de las sucesivas etapas de negación de identidad a que desde los lejanos días del descubrimiento ha estado sometida la América no anglosajona.

En mi estudio *José María Torres Caicedo, precursor de la multipatía latinoamericana*, analicé así este fenómeno:

“El Nuevo Mundo ha padecido secularmente de una crisis de identidad, hasta el punto de que si la pluma de Germán Arciniegas ha dibujado la América como el Continente de siete colores, hoy puede hablarse con propiedad del Continente de las siete identidades.

En efecto, nacimos a la vida del pensamiento de occidente por acaso y como apéndice del Continente asiático. Por eso nos llamaron indios y a las tierras descubiertas se las bautizó con el nombre vago y misterioso de Indias occidentales del mar Océano. A sus habitantes se les negó la calidad humana y en el siglo XVI se decidió la polémica en torno a la naturaleza bestial del hombre americano en el sentido de reconocerle alma, pero de calificarlo a la vez como ser inferior, relativamente incapaz, al que había que discernirle tutores y curadores para que cuidasen de su persona y de sus bienes. Ese es el criterio que inspira la profusa Legislación de Indias, protectora de incapaces, de esos seres exóticos tan parecidos al hombre que Ginés de Sepúlveda con infinito desdén llamó homúnculos.

Camilo Torres con sentido de clase y en irrefutable alegato jurídico consignado en las vibrantes páginas del Memorial de Agravios, nos cataloga como españoles americanos, como si la realidad étnica del mestizaje no concurriera a la formación del hombre americano”.

En mi estudio *Patria e Identidad Cultural*, publicado en el Anuario del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” (Macondo Grupo Editor, Caracas 1983), expuse lo siguiente:

“Simón Bolívar, genitor de patria y alfarero de repúblicas, tuvo que crear con el barro de América un cuerpo de nación, cuya identidad reposa precisamente en la profusa mezcla de sangres de distintas vertientes étnicas y antropológicas. El

mestizaje crea, según Bolívar, “un reto de la mayor trascendencia” y a nuestro juicio quiebra la lógica del proceso dialéctico por cuanto invierte el fenómeno de formación del estado nacional. En Europa fue primero la nación, integrada por asimilación de los principios de la cultura greco-romana y luego se conformó el estado. En la América Española el proceso fue inverso, pues a partir de la independencia se constituyó primero el estado sobre esquemas foráneos, de estirpe calvinista copiados de los modelos europeos y luego próceres y pensadores con Bolívar a la cabeza, acometieron la difícil tarea de estructurar a golpes de audacia y talento, con elementos heterogéneos y antagónicos una nación emergente.

Quizá en esta fenomenología estriban las contradicciones lógicas e ideológicas que se observan en el discutido escrito de Carlos Marx sobre Bolívar.

Precisa advertir que el proceso de conformación de la nacionalidad, calificado por Bolívar como “el caso más extraordinario y complicado”, no fue otra cosa que un permanente oscilar entre los estereotipos que ofrecía la tradición y los arquetipos racional-normativos sustraídos del enciclopedismo y la revolución francesa, a lo cual se añadía la nula experiencia en achaques públicos. En efecto según Bolívar “estábamos todavía más abajo de la servidumbre”, “privados hasta de la tiranía activa, pues no nos era permitido ejercer funciones”, “los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupaban otro lugar en la sociedad que el de *siervos* propios para el trabajo, y cuando más, el de simples *consumidores*; y aún esta parte coartada con restricciones chocantes”, “que estábamos abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado”.

De manera que con “homúnculos”, al decir de Ginés de Sepúlveda, con siervos propios para el trabajo, con simples consumidores, con gentes proscritas del servicio público y por ende ausentes del universo, ciertamente no podían construirse repúblicas, ni crearse naciones, ni tampoco garantizar la libertad, el orden, la igualdad y la unidad necesarias para darle estabilidad a las instituciones y lograr la supervivencia histórica.

Era indispensable por lo tanto superar los conflictos internos surgidos de la desigualdad y orientar la voluntad colectiva en función de una unidad de causa, principios e intereses. Es entonces cuando Bolívar, forzado por las circunstancias, decide apelar al expediente de la Guerra a Muerte para lograr tales objetivos.

Es por ello que la Proclama de la Guerra a Muerte no puede interpretarse como medida drástica destinada a contrarrestar los efectos brutales de la represión hispánica desatada contra los vasallos desleales con su Dios y traidores con su Rey. Tampoco puede calificarse como inaudito testimonio de barbarie. A nuestro juicio se trata del más afirmativo acto de nacionalidad e inequívoca expresión de genuina identidad.

En el crisol de la guerra a muerte se funden simultáneamente los acentos girondinos de una burguesía naciente, el extremismo libertario de inspiración jacobina y la pasión de crear del Libertador, quien ante los embates de la anarquía y el despotismo convoca a la América díscola a conformar una república estable y a la vez respetable, no tanto por su poder y riqueza cuanto por su libertad y gloria. Por todo ello la proclama de la Guerra a Muerte es acto cruel, pero definitorio de nacionalidad, doloroso parto colectivo de identidad que desde entonces nos ha de proyectar en la Historia como un nuevo género humano”.

Conviene advertir que la Independencia fue una guerra de liberación que tuvo tres etapas diferentes: se inició como Guerra civil entre españoles americanos (criollos) y españoles europeos (chapeltones), en la cual los primeros tuvieron el carácter de insurgentes o subversores del orden legal impuesto. En Venezuela se transformó en guerra social entre Pardos (mestizos, mulatos, zambos) y mantuanos (criollos), contienda en la cual según Ricardo Urbaneja “por singular paradoja, Bolívar, adalid de la República y de las ideas liberales, representa en San Mateo y la Puerta el espíritu conservador y los fueros de la aristocracia intelectual y social, mientras que Boves, caudillo de la Monarquía, es el conductor de la primera revolución popular de Venezuela”. Finalmente con la proclama de la Guerra a Muerte, Bolívar transforma el conflicto en Guerra internacional”.

En efecto, aquella Proclama de la Guerra a Muerte, signada en Trujillo el 15 de julio de 1813, en cuyas vibrantes cláusulas se afirma tácita pero inequívocamente la identidad americana, también expresa el balbuceo de una nueva comunidad política, transformada entonces por la visión del Genio y la fuerza de la sangre en nación auténtica y por tanto distinta a España, a la cual le disputa el inalienable derecho a ser libre.

Cuando el Libertador notifica perentoriamente que “todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas” y a la vez previene a los americanos extraviados de la senda de la justicia, “contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades; el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia”, está pregonando que América tiene ya una identidad propia que la diferencia de España y la impulsa hacia una irreversible vocación de libertad.

Y cuando finalmente advierte “Españoles y Canarios, contad con la muerte aún siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables”, está afirmando el carácter nacional de una América que se identifica como pueblo soberano ante la opresora España.

Por ello el presidente Julio César Turbay Ayala acertó cuando en erudita conferencia pronunciada en la Sociedad Bolivariana de Colombia afirmó:

“Bolívar responde a ese populismo marcial con el decreto terrible. A la lucha de castas opone la guerra de nacionalidades. Por primera vez una “conciencia americana” se abre paso, con dificultades pero inexorablemente en la mente rudimentaria de unas masas apáticas, condenadas a trescientos años de indigencia política. En Trujillo, la rúbrica vigorosa de Bolívar transforma la guerra civil en un generalizado conflicto internacional”.

Procede ahora definir las implicaciones políticas y jurídicas de la patética Proclama de Trujillo, que cambia el sentido de la guerra y altera la condición jurídica de los insurgentes.

Dentro de la tesis expuesta por Camilo Torres en el Memorial de Agravios, en el sentido de que no somos extranjeros a la nación española, sino españoles americanos, quienes se rebelaban contra España eran calificados de insurgentes y quedaban incurso en doble delito, en cuanto el rey encarnaba no solo la potestad civil, sino que era el legítimo representante de Dios. Por eso la represión sangrienta se consideró legítima y la crueldad que se desató contra los patriotas no conoció límites.

Con la Proclama de la Guerra a Muerte Bolívar cambia la naturaleza de la guerra, puesto que al reconocerle identidad nacional a los americanos transforma el conflicto civil en contienda internacional, lo que implica que los insurgentes se convierten en beligerantes y por tanto en vez de la represión brutal deben aplicarse las normas del Derecho de Gentes, o sea las prácticas humanitarias de la guerra entre naciones civilizadas.

A partir de entonces se establece que la guerra debe ser entre beligerantes. De consiguiente no deben padecer sus efectos los ancianos, las mujeres y los niños, los heridos y los prisioneros. Se busca, pues, humanizar la lucha armada, que es lo que felizmente se logra, también en Trujillo, cuando el 26 de noviembre de 1820 se suscribe entre los comisionados de Bolívar y Morillo el Tratado de Regularización de la Guerra.

Considero que los Tratados de Trujillo del año 20 no sólo son los primeros tratados internacionales que se firman en suelo americano, sino el primer acto explícito de reconocimiento de nuestra soberanía y de nuestros derechos de pueblo libre, es decir, la inequívoca confirmación de nuestra identidad nacional.

Fue providencial que en Trujillo la heroica y por cierto en la misma casa, se hubiera escrito en 1813 la contradictoria e inmortal proclama que afirmó nuestra identidad como nación y en 1820 se hubieran suscrito los Tratados Internacionales en que nuestro Libertador actuó a nombre de un estado libre y soberano, haciendo uso del título político y jurídico que le otorgaron sucesivamente el triunfo de Boyacá y el Acta constitucional de Angostura.

Es pues, Simón Bolívar, quien nos otorga la verdadera identidad y sobre ella trata de edificar un proyecto de liberación que nos ponga al amparo de cualquier otro tipo de dominaciones.

En efecto, en la Carta de Jamaica enfáticamente afirma que “no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles” y en el discurso ante el Congreso de Angostura advierte con sabiduría: “Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones, por su carácter”, para concluir que “Es imposible asignar con propiedad a que familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia”.

Sin embargo, los pueblos recién liberados, con arrogancia digna de mejor causa, rechazan esa identidad mestiza, resultan inferiores a la responsabilidad de la hora, se muestran incapaces de superar los vanos impulsos del nacionalismo arisco y cuando se miran en el tembloroso espejo de su propia historia acaban por negarse a sí mismos.

El genio de Domingo Faustino Sarmiento dejó en memorable página elocuente testimonio de este complejo de identidad:

“Somos europeos? Tantas caras cobrizas nos desmienten. Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. Somos Nación? Nación sin amalgama de materiales, sin ajuste, ni cimiento?”.

Apreciación que corrobora Gabriela Mistral con realismo al afirmar que:

“El criollo de mala leche. . . que proclama a voz en cuello su pureza europea, en tanto que yo les veo el pómulo alzado, lo aceitinado de la piel y las rasgaduras de los ojos, el misterio de la gota asiática que revela en ellos noblemente el indio que tanto quieren negar. . . son casi siempre gente de cuidado por lo inauténtica”.

Al indagar sobre las causas de la crisis de identidad detectamos de una parte el hecho de la fusión triétnica en el común crisol del mestizaje y de otra el fenómeno de yuxtaposición cultural que implica de suyo una dialéctica y sucesiva negación de los patrones y modelos precedentes. Así sobre las ruinas de lo indígena se superpone lo hispánico colonial, que ha de ser repudiado en la independencia para edificar sobre sus vestigios los principios tomados de Francia, los cuales a su vez serán sustituidos por los elementos importados de Norte América. Ahora se nos propone destruir lo norteamericano para construir sobre sus despojos un modelo a lo ruso.

Sin canales de comunicación entre sí, sin criterio selectivo alguno y sin poder de asimilación tan exóticas e insólitas influencias en vez de contribuir a integrar un perfil de identidad nacional, desdibuja nuestra fisonomía y hace todavía más heterogénea y contradictoria nuestra idiosincracia.

Qué difícil resulta, por lo menos ahora, el rescate de nuestros rasgos peculiares en medio de aquella amalgama de elementos con calidades y poderes diferentes, que me hace pensar con Bolívar que no podemos afirmar con exactitud a que familia humana pertenecemos.

Debemos recuperar la identidad para ser "nosotros", mestizos y heterogéneos, es cierto, pero con derecho a ocupar puesto de sujetos en la Historia. A decir verdad, estamos fatigados de ser meros testigos en el devenir histórico, queremos dejar de ser objetos, nos ofende que sean otros los que piensen y decidan por nosotros, reclamamos identidad porque queremos emanciparnos de las tutelas impuestas, nos sentimos capaces de forjar nuestro propio destino y no hemos renunciado a una común vocación de libertad.

Hay que recordar con Otto Morales Benítez que en cada mestizo se gestó un comunero, a espaldas del despotismo colonial y de la arrogancia ibérica.

América Latina, reconocida ya como una subregión en cuya geografía sobreviven y padecen pueblos sometidos a las mismas relaciones de dominación, es calificada peyorativamente como el Continente de la gran equivocación, de la yuxtaposición cultural, del desarrollo inalcanzado, del agudo enfrentamiento entre el hombre y su realidad que al insertarse en forma dependiente a la cultura de occidente, protagoniza la mayor transgresión de identidad.

Autores como el uruguayo Mario Sambarino niegan de plano la identidad latinoamericana, argüyendo que América Latina es una *Idea* y no una *Realidad*, idea que pertenece más al discurso literario que a la entidad psicológica.

América Latina no es, pues, un ente histórico propiamente dicho, no ha adquirido formas ni grados de estimación y autoconciencia colectivas en dimensión microrregional.

Y se pregunta el citado autor. Tiene algún sentido hablar de identidad sin la idea de "Historia" de América Latina?

Creo que para determinar la identidad de América Latina no es posible aplicar los patrones europeos, en cuanto el fenómeno de integración de nacionalidades en Europa fue completamente distinto al de la América no anglosajona. De manera que en mi opinión a partir de 1856, cuando el colombiano José María Torres Caicedo creó el vocablo América Latina, empezó a forjarse una conciencia de "latinoamericanidad" que recibió impulso inicial con la doctrina de unidad que el mismo Torres Caicedo diseñó en su obra *Unión Latinoamericana* (1865) y adquirió categoría definida con el nacionalismo latinoamericano preconizado por Rafael Caldera y Domingo Felipe Maza Zabala, del cual tuvimos definida expresión con motivo del conflicto de las Malvinas en 1982, que liquidó el sistema panamericano.

De otra parte hay que considerar que América Latina está en proceso de integración socio-cultural; está en tránsito hacia la constitución de la multipatria latinoamericana que servirá de sustentáculo a la Confederación de Estados Latinoamericanos, que es el esquema de unificación política que nos hará reales y efectivos protagonistas de la Historia, la cual a la postre confirmará este anhelo de unidad en la pluralidad que habrá de generar una identidad definida. Sobre el equívoco proceso de nuestra identidad, unas veces ratificada, otras veces negada, Leopoldo Zea se pronuncia así en su obra *Latinoamérica un nuevo humanismo*:

"Esta peculiar filosofía de América Latina fue deducida de la Historia de sus ideas. Una filosofía de la Historia, que lejos de expresarse en una lógica dialéctica, esto es, como un continuo asimilar el pasado para ampliar las posibilidades del futuro, se ha expresado dentro de una lógica formal en la que A, el pasado, nunca puede ser B, el futuro. Una idea de la histo-

...hecha de superposiciones, yuxtaposiciones de experiencias que, lejos de asimilarse, pretenden borrarse, las unas a las otras. La colonización ibera tratando de ocultar el pasado indígena; la independencia el pasado colonial y, en la actualidad, tratando de ocultar el pasado liberal y positivista, considerándosele expresión del neocoloniaje aceptado e impuesto por la generación latinoamericana, más preocupada por los intereses de su clase que por los de sus pueblos”.

La ambigüedad de nuestra identidad, que a veces se afirma y se niega simultáneamente, es producto inevitable de una curiosa dialéctica de la bastardía, que determina esa actitud característica del bastardo que se muestra servil con el de arriba y tirano con el de abajo.

Los españoles, bastardos para los europeos, son serviles con el europeo y tiranos con los americanos; los criollos, o manchados de la tierra, son bastardos para los españoles y por ello son tiranos con los mestizos; éstos, bastardos de origen, suelen despreciar a esclavos e indígenas.

Esta dialéctica de la bastardía, trauma e impedimento para una expresión de identidad, la define magistralmente Leopoldo Zea en su obra *Simón Bolívar, integración en la libertad* (pág. 24) en los términos siguientes:

“El hombre de esta América tendrá que asumir su ilegitimidad, su bastardía, haciendo de ella el punto de partida de nuevas expresiones de legitimidad humana. Este futuro habrá de alzarse, dice Bolívar a los constituyentes de Angostura en 1819, partiendo de la propia marginalización y de las encontradas expresiones de la misma. Marginalización dentro de la marginalización. Porque el ilegítimo hijo del imperio español es, a su vez junto con este imperio, un marginado de la cultura del mundo que ha surgido desplazando a este imperio. La España que ha marginado a sus colonias, y a los hombres que la forman, es, a su vez, expresión marginal de un mundo nuevo en el cual va a ser, también, visto como un bastardo. Bastardo de la Historia por su anacronismo. Bastardo en un mundo en el cual no tendrá ya otro papel que el de instrumento de los nuevos imperios y el hombre de esta América será consciente a su vez, de ser instrumento de instrumento”.

La identidad ambigua genera angustia de no encontrar lo peculiar, que no ha de ser necesariamente igualdad, en cuanto lo natural a los hombres es la diversidad, de donde resultamos iguales no por idénticos sino por distintos. Lo peculiar en América Latina es la diversidad, de manera que se busca la unidad en la heterogeneidad respetando la identidad concreta y natural de cada uno de los componentes.

Es inútil, por tanto, identificar lo peculiar latinoamericano fuera de su propia realidad y con patrones importados de fuera. El ser latinoamericano es el conjunto de rasgos y atributos peculiares que nos distinguen de otros continentes y nos singularizan ante otros conglomerados humanos.

Hay que rescatar y si es preciso generar esa identidad, cuyo fundamento peculiar y heterogéneo es el punto de partida de toda empresa de unidad en la libertad que conduzca a darnos identidad, fortaleza y capacidad decisoria frente a los centros de poder que condicionan nuestro desarrollo y limitan nuestras posibilidades de superación.

En cuanto secularmente se nos ha negado la identidad, se nos pretende incapacitados para la autodeterminación y para las grandes empresas del espíritu; por conjugarse en nuestra identidad diversas razas y culturas, se pone en duda nuestra propia humanidad; como no ajustamos nuestra conducta a los patrones imitados de Europa, se pone en entredicho la cultura generada en estas latitudes; en fin, todo lo nacido en América, por ser inferior, es espúreo y queda expuesto a servidumbre y explotación.

Hay que advertir que por siglos lo que ha sido cuestionado por europeos y peninsulares no es la identidad en sí misma, sino la condición humana de los habitantes de la América pobre y deprimida, su calidad de hombres, su entorno social, su circunstancia histórica.

La identidad como expresión del ser, se da desde cuando un pueblo, una región o un continente empieza a existir como tal y no desde cuando empieza a ser conocido por otros. América existía antes del mal llamado descubrimiento y como ya se dijo, su inserción irregular a la historia y cultura de occidente implicó grave e irreparable transgresión de identidad. Desde entonces se tejió la fantasía de la naturaleza bestial del hombre americano, el mito de

su inferioridad frente al europeo, el dogma de la incapacidad para generar cultura y garantizar una supervivencia histórica y hasta la teoría del buen salvaje, todo lo cual conforma el lastre que ha frenado nuestro desarrollo y nos ha mantenido en servidumbre financiera y tecnológica.

Como conclusión podemos decir que fue Bolívar quien primero proclamó nuestra identidad mestiza, honda, profunda e irrevocable realidad que Otto Morales Benítez en su *Memorias del Mestizaje* concreta así:

“La identidad de América Latina la hallamos en torno al mestizo. Ya no nos quedan dudas. Al menos nosotros no hemos hecho sino ahondar en esta verdad, que cada vez es más clara al entendimiento”.

Y el mismo autor en uno de sus ensayos recogido bajo el título *Propuestas para examinar la historia con criterios indoamericanos* (Separata de *Hojas Universitarias* Volúmen III No. 30. Bogotá 1987) amplía así este trascendental concepto:

“El mestizo, para mí, es el hombre que nació aquí y tomó conciencia de su responsabilidad de americano. O aquel que llegó y se confundió con nuestro acontecer social, sin pedir mercedes de reconocimiento por participar en el devenir colectivo. Esta condición produjo una revolución en instituciones, en el arte, en la realidad política, en las orientaciones acerca del trabajo en las minas y en la tierra, en valorizaciones nuevas en la manera de manejar los asuntos religiosos. El mestizo es el gran salto que hace América hacia su propia predestinación”.

Complemento este análisis en torno a la identidad de América Latina con estos conceptos de Leopoldo Zea consignados en su ensayo *El problema de la identidad en América Latina*, presentado al 45 Congreso de americanistas reunido en Bogotá en 1985, que cobran vigencia inusitada:

“Nuestros pueblos irán así reconociendo como vanos los intentos por ser otros que ellos mismos. Irán aprendiendo que es de sí mismos, de sus propias e ineludibles experiencias, de donde han de surgir los proyectos que permitan rebasar situaciones de dependencia que no tienen por que ser perma-

nentes. Tendrán que partir de sí mismos, de su ineludible y peculiar identidad que tan agudamente ya describía el Libertador: No somos indios ni españoles, sino una especie en que se combinan ambas identidades y éstas con otras que se han encontrado en esta región de América. Lejos de verse en esta relación la falta de amalgama de materiales solo acumulados, sin ajuste ni cimiento, se verá en ello, el punto de partida para la constitución de una humanidad que lejos de repelerse entre sí por sus diversas etnias y culturas, se amalgama, se mestiza, sin que este mestizaje sea expresión de inferioridad alguna. Se va así tomando también conciencia de que esta peculiar situación tiene orígenes en la brutalidad de la conquista y la violencia de la colonización. Habrá entonces que partir de este hecho para así poder superarla”.

En torno a la problemática de la Integración Latinoamericana concluyo lo siguiente:

- 1o. Fue Simón Bolívar el primer pensador americano que definió la identidad como producto del mestizaje.
- 2o. José María Torres Caicedo, creador en 1856 del vocablo *América Latina*, dió identidad geopolítica a *Nuestra América* al identificarla como la América no Anglosajona.
- 3o. La identidad de América Latina es:
Ambigua, pues se afirma y niega simultáneamente inauténtica, por cuanto ha buscado modelos o patrones extraños. Heterogénea, en cuanto se origina en el mestizaje y la yuxtaposición cultural.
- 4o. América Latina recibió diversos aportes histórico-culturales que ya son parte de su ser y que provienen de lo indígena, lo ibérico, lo francés y lo norteamericano.
- 5o. América Latina no es una Nación, ni un área cultural definida, tampoco registra procesos semejantes de transculturación, pero esta en vía de constituirse en una *multipatria*, cuyos comunes denominadores son:
El Mestizaje, la yuxtaposición cultural, la conciencia de la dependencia y una común vocación de libertad.

En cuanto históricamente la *identidad* ha sido sucesivamente usurpada, transgredida y negada, procede ahora recuperarla en función

de unidad y mediante un movimiento dialéctico que a través de la educación y la cultura, permita definir e integrar la Multipatria Latinoamericana. Hay que trabajar sin pausa y con tesón por la causa de la Integración entre los pueblos de América Latina, porque ella es un complemento de su libertad.

Aunque colombiano de origen, pienso como latinoamericano que hacer a los hombres hermanos es acabar de hacerlos libres.